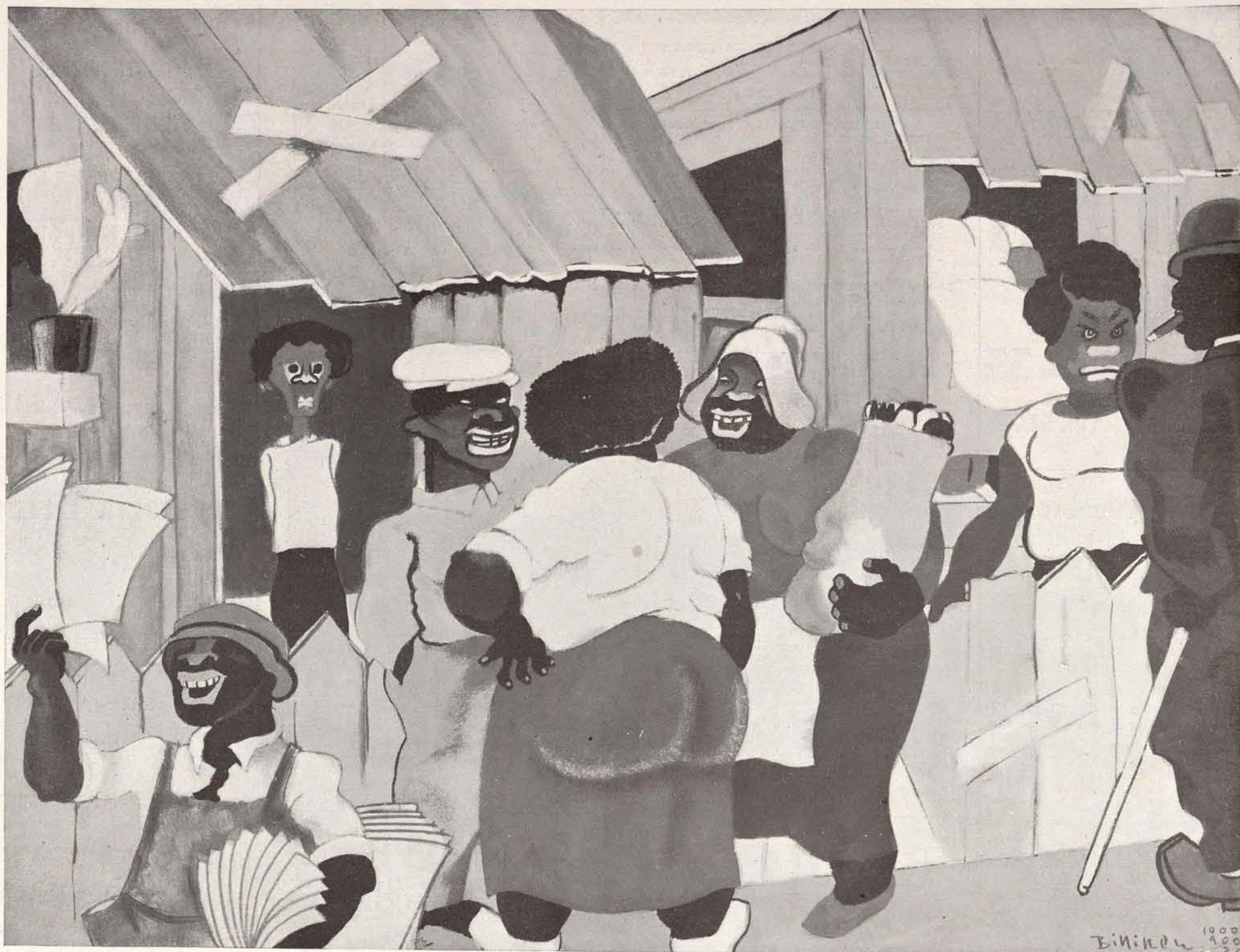


CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



Barrio negro de los Estados Unidos.

(Dibujo de "Billiken".)

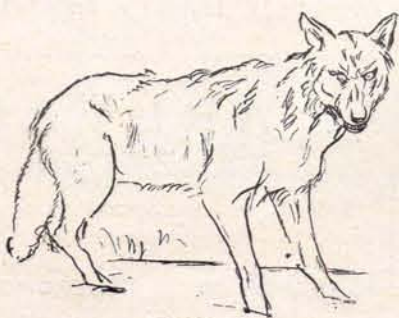
LEA EN ESTE NUMERO

El sensacional reportaje del periodista norteamericano Ivan Post sobre
"LA SOMBRA NEGRA DE LOS ESTADOS UNIDOS"
La tragedia de la población negra de Norteamérica.



"EL MILITARISMO ALEMAN"

Reportaje de Jaime Menéndez sobre la actualidad política europea.



"NOCHE DE LOBOS"

Cuento central por Luis Caro, con ilustraciones de Arteché.

BANCO CENTRAL.—Goya, 39 (esquina a Torrijos).
 LECHE «SAM».—Torrijos, 45.
 CERVECERIA «ROIG».—Torrijos, 41.
 BODEGA «ROIG».—Torrijos, 33.
 PAPELERIA BRINGAS.—Torrijos, 30.
 CAMISERIA M. VELASCO.—Torrijos, 28.
 PATRONATO NACIONAL DE PROTECCION DE CIEGOS.—Torrijos, 41.



GUIA DE UTILIDAD PUBLICA



Está situada en el barrio de las Mercedes, correspondiente al Distrito de Buena Vista (4).

SERVICIOS DE URGENCIA CORRESPONDIENTES

INCENDIOS.—Calle Imperial, 10. Telf. 12800.
 POLICIA (Dirección general de Seguridad).—Víctor Hugo, número 10. Teléfono 16516.
 COMISARIA DEL DISTRITO.—Jorge Juan, 55. Telf. 51413.
 CASA DE SOCORRO DEL DISTRITO.—Castelló, 65. Telf. 52.430.

SERVICIOS PUBLICOS CORRESPONDIENTES

TENENCIA DE ALCALDIA.—Olózaga, 1.
 JUZGADO MUNICIPAL, Belén, 2.
 ESTAFETA DE CORREOS.—Hermosilla, 89.
 SUCURSAL DE TELEGRAFOS.—Hermosilla, 89.
 LOCUTORIO DE TELEFONOS.—Hermosilla, 33.

TRANVIAS

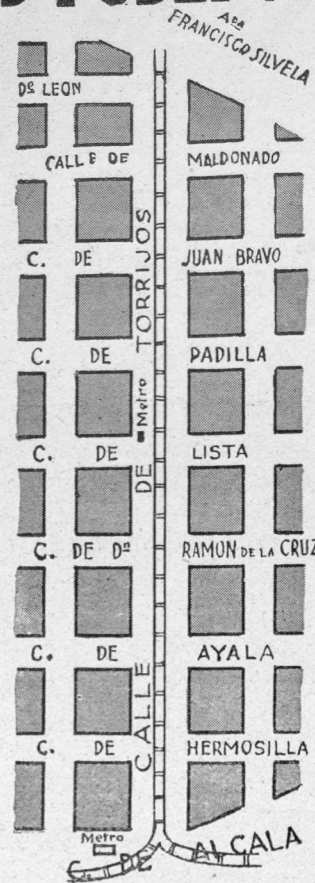
Disco 51 (Sol-Torrijos. Servicio, de 5,57 a 1,41). Próximos a Torrijos circulan también los siguientes tranvías: disco 4 (Sol-Ventas); disco 49 (Rosales-Glorieta de Bilbao-Goya); disco 6 (Goya-Sol-Rosales); disco 28 (Red de San Luis-Prosperidad); disco 40 (Plaza de Alonso Martínez-Prosperidad).

METRO

LINEA DIEGO DE LEON-SOL.—Estaciones en las calles de Diego de León, Lista y Goya.

AUTOBUSES

LINEA 2 (Lista-Moncloa. Por Gran Vía).



LA CASA DE LAS CAMAS.—Torrijos, 2.
 DROGUERIA Y PERFUMERIA ALVAREZ.—Torrijos, 30.
 MUEBLES ROGELIO.—Torrijos, 48.
 CALZADOS AREVALO.—Torrijos, 30.
 SASTRERIA BAYON.—Torrijos, 19.
 LA CASA GRANDE (Tejidos).—Torrijos, 22.
 ALMACENES TORRIJOS (Tejidos).—Torrijos, 30.
 CONFITERIA Y PASTELERIA CEVAS.—Torrijos, 74.



CERVECERIA

ROIG

BODEGA

41 - Torrijos - 33

Tel. 50039 Tel. 51509

Camisería - Sombrerería
 Géneros de punto

M. Velasco

28, Torrijos, 28
 Teléfono 57793

LA CASA DE LAS CAMAS
 Camas doradas - Camas de bronce
 La mejor calidad a los mejores precios
 Torrijos, 2. - Teléfono 56388

Rodríguez Bayón

SASTRERIA

Creador de la moda

Torrijos, 19 - Teléfono 55154

CASA ROGELIO
 MUEBLES

¡Cátese y amueble su casa en Rogelio!
 ¡Muebles baratos, muy baratos... baratísimos!

Torrijos, 48. Teléfono 53715



UNA VISTA DE LA CALLE DE TORRIJOS

BANCO CENTRAL

CAJA
 DE
 AHORROS



Huchas
 para el ahorro
 a domicilio.

AGENCIA URBANA NUMERO 1

GOYA, 89 (esquina a Torrijos).

DROGUERIA Y PERFUMERIA
 ANTONIO ÁLVAREZ

Artículos de limpieza - Servicio a domicilio

TORRIJOS, 30
 - (Esquina a Don Ramón de la Cruz) -

Teléfono 58128

ALMACENES TORRIJOS

Los más importantes y más antiguos del barrio

El surtido más completo

Torrijos, 30 - Teléfono 55604

LA CASA GRANDE
 TEJIDOS MERCERÍA
 LANERÍA

La más surtida y la que más barato vende

Torrijos, 22 Teléfono 51944

Leche SAM

PASTEURIZADA

EN ENVASES

DE PAPEL

PATENTADOS

Central: Juan Bravo, 78

Sucursal: Torrijos, 45-Tel. 60166

Papelería Bringas

IMPRENTA,

LIBRERÍA,

OBJETOS DE

ESCRITORIO,

REVISTAS DE

MODAS Y

FIGURINES

ESTAMPERIA

TORRIJOS, 30

TELÉFONO 56872

CONFITERIA Y PASTELERIA

N. CEVAS

LA MAS ACREDITADA

TORRIJOS, 74 TEL. 55931

Patronato Nacional de Pro-
 tección de Ciegos

Trabajos en mimbre, sillerías,
 cestos, costureros, etc.

Jerseys, Tricot, Pul-overs,
 Abriguitos de niños, etc,

Trabajos diversos.
 Precios módicos.

Exposición y venta:

Torrijos, 41 (tienda) - Teléfono 50853

A. ARÉVALO
 CALZADOS

Todos los modelos. Los mejores materiales.
 Precios incompetibles.

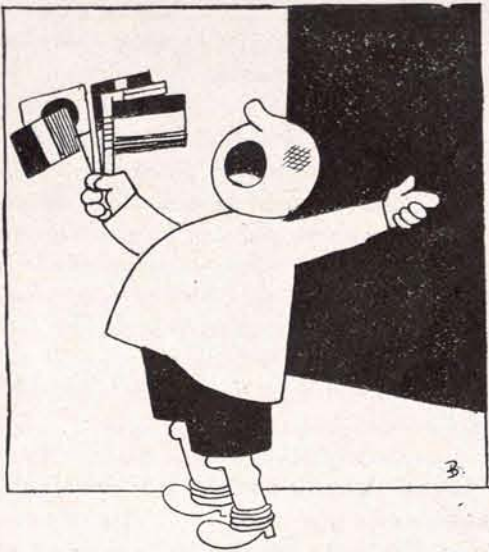
TORRIJOS, 30 TELEFONO 55263

LA SEMANA

CIVIDAD

DESDE que los americanos—gente insustancial y frívola—le dieron a las banderas el uso tabernario de alternar con las botellas de aguardiente en las estanterías de los bares, ha perdido majestad y garbo de símbolo el pabellón por el que los hombres de todos los países se fajan a tiros y mueren como héroes.

Hay en Madrid un empresario de banderas múltiples que las guarda un poco, como los ropavejeros guardan los disfraces de Carnaval,



Protesto contra este empleo frívolo, desmesurado y lelo de las banderas. Si convenimos en que la bandera de cualquier país es un símbolo sagrado, respetémoslas, empezando por respetar la nuestra.

Pero porque un pueblo sin tradición, un pueblo de babilónico orgullo y espíritu sin figura haya cogido las banderas de todo el mundo para decorar sus zafias borracheras de alcoholes de madera, o para coronar las desteñidas y bobas cabezas de sus «girls» en los quilombos, ¿vamos nosotros a hacer otro tanto?

LA guardia municipal madrileña ha rebasado las previsiones de su superior administrativo. Empieza a estar, por un mandato interior, que sube de la propia sana naturaleza moral de sus jefes y sus individuos, dotada de un espíritu heroico de su función urbana.

La propia actuación de estos bravos y atléticos guardias del casco blanco les ha creado una sustancia militar. Casi todos proceden de la milicia y no han olvidado lo que allí aprendieron, antes bien, lo han acrecentado con el ejercicio heroico de la ciudadanía.

Anteayer han dado una prueba de su espíritu. Como trofeo presenta un guardia su casco agujereado por la bala de un enemigo público. Este guardia se llama Juan Lázaro Capitán. Su compañero de pareja es Conrado Alonso.

Un Cuerpo como éste merece la bandera que para él ha pedido el alcalde. CIUDAD ofrece su cooperación más entusiasta y contribuirá a la adquisición de la bandera, a la que, sin nacer, ya han dado gloria sus soldados.

y no con mayor respeto. Entre esas banderas figura la española y abundan las sudamericanas. Ya flamean un poco pachuchas y desteñidas, porque están fabricadas con percalina poco heroica y no con esa trama de fibra vegetal y tinte vivo de que se fabrican las banderas por las que uno muere.

Cuando algún propietario de cinematógrafo quiere hacerse la propaganda de un peliulón algo castrense, recurre al empresario de banderas y las coloca en teoría, ni más ni menos que si saludaran al «cortejo de los paladines».

Ahora están anunciando las truculencias de «Villa Villa!», una película que dicen que es muy buena y a mí me parece infame. Pero que, buena o infame, no justifica por ninguna causa el empleo—por ejemplo—de la bandera argentina. Ni el de ninguna otra que no fuera—en todo caso—la mejicana.

CONTINÚAN los tranvías en el centro de Madrid. Parece que por poco tiempo.

Los autobuses de esta Villa se retiran a las diez de la noche. Los empresarios de cines y teatros debieran ocuparse de eso. A menos que se averigüe que los consejeros de esa llamada, pintoresca e irónicamente, «Empresa Mixta» son unos apóstoles de las buenas costumbres y no quieren que la gente trasnoche.

CONTINÚAN las zalemas gentilísimas de Oriente para España. Otra vez, desde el confin de los siglos, el Catay nos saluda.

Hace una semana, Japón nos enviaba el presente rosa y perfumado de unos plantones de cerezo.

El milenar imperio continental no quiere ser menos que el insular con la vieja dama de Occidente. Y la manda libros. Y así, entre presente de libros y presente de flores, la dueña peninsular se hispe con toda su antigua malombos,



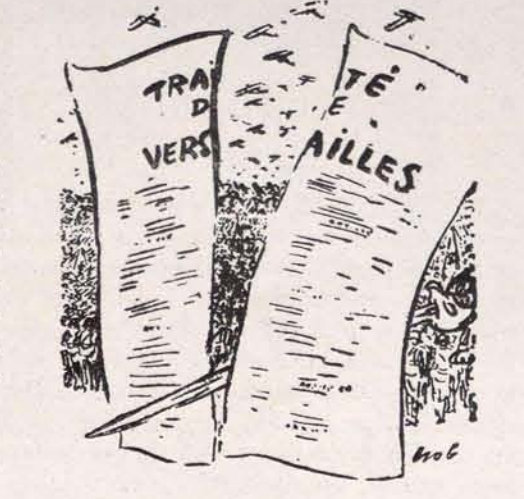
jestad. Los «reis d'Orient» la envían presentes como a un dios recién nacido.

Miguel Artigas, bibliotecario mayor de la República, anda preparando un sitio de honor para esa especie de Rivadeneyra chino, cuyo nombre no escribo hasta que no sepa exactamente su significación.

Conviene que se sepa que España, que ha sido uno de los países orientalistas más ilustres—la cosa se justifica por sus misiones y por la soberanía de tres siglos en Filipinas—, había perdido casi totalmente esa original categoría.

Es difícil recuperarla ahora, a tanta distancia de Inglaterra, de Alemania y de Italia, donde no se ha perdido la tradición orientalista.

Ojalá la llegada de esos libros a manos tan diestras como las de Miguel Artigas sea una siembra. Doctas son estas manos, un poco de rústico aragonés, en siembras de esta especie.



LA SITUACION SE HA ACLARADO De "Le Petit Bleu", Paris

Director: VICTOR DE LA SERNA
Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR
Dirección, Redacción y Administración:
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID
Teléfono núm. 20860
APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II. 27 de Marzo de 1935 Núm. 14

Soneto de Josefina y su máquina de escribir



La niña viene o va. Se sienta. Aspira el zumo inglés del "Capstan"—rosa al vuelo—y en diez uñas la máquina suspira: metralla y canto de perdiz en celo.

Cuaja el reloj la tarde. El aire gira tras su presencia y el marfil del duelo trueca en jardín de estatuas la mentira de nardo oscuro y fino terciopelo.

Ya de nuevo, en temor del día siguiente, miden ojos y voz, de frente a frente, la exactitud elíptica del tiro...

—“Au revoir, mademoiselle!” En la ventana suda en oros la piel de la mañana y marzo se hace abril sobre el Retiro.

FERNANDO HERNANDEZ ESPOSITÉ

V I C T O R D E L A S E R N A

LAS NOVILLAS DEL SEÑOR CURA es un relato anecdótico de Victor de la Serna, basado sobre un episodio de la vida lugareña del marqués de Valdecilla.

NOCHE DE LOBOS, cuento de Luis Caro, joven escritor ya tan ventajosamente conocido por nuestros lectores a través de sus publicaciones en estas páginas.

ISLAS DE GRECIA, CUNA DE LOS DIOS. A pesar del título, con su tufillo de disertación académica, no hay para qué asustarse. Se trata de una nota de José Zamora, escrita, como todas las de este autor, en un fino tono humorístico, no exento de muy sagaces y cultas observaciones.

LA SOMBRA NEGRA DE LOS ESTADOS UNIDOS es un reportaje escrito especialmente para CIUDAD por Iván Post, al que prestan palpitante actualidad los últimos sucesos acaecidos en el barrio de Harlem, que es, como se sabe, el barrio negro de Nueva York. Forma parte este reportaje de una serie que iremos publicando, expresamente enviados por "Free News Agence", con exclusividad de publicación para toda España.

Luis Méndez Herrera—a quien por un error hemos hecho en nuestro número pasado nada

HOY...

menos que cronista de la ciudad de Jaén, título que corresponde a otro de nuestros colaboradores, D. Luis González López—comienza su colaboración en CIUDAD con un bien escrito apólogo, que titula: UN LIBRO, UN ARBOL, UN HIJO.



EL MUNDO EN LA MIRADA. Un artículo de Manuel Abril sobre la Casa-Escuela de Sordomudos, interesante como todos los suyos.

EL MILITARISMO ALEMAN se titula el ensayo sobre política internacional que publica en esta edición nuestro colaborador Jaime

Menéndez, verdadera autoridad en tales materias.

DE LA CRISIS ECONOMICA Y SUS REMEDIOS. Continuando la comenzada serie de estudios sobre el tema del rubro, Isaías Taboas nos presenta en este artículo otro aspecto de su original y valiente concepción del problema.

Sobre modas escriben Madeleine Millet y María Rosa Bendala. La primera nos habla de la Suntuosidad de los Vestidos de Noche, ilustrando su nota con espléndidas fotografías exclusivas, cedidas por los grandes modistos de París para CIUDAD, y ensaya la segunda una adaptación de los elementos típicos del traje español a la moda contemporánea, que ilustra con dibujos propios.

Un bello soneto—garbo y tema actuales—de J. Hernández Esposité representa la parte poética de este número.

Firmada por R. Muñoz Lavalle y E. Blanco-Amor publicamos una página sobre el prócer argentino Bartolomé Mitre, con motivo de un homenaje que va a tributar en su memoria el Ayuntamiento de Madrid.

Ilustran esta edición Santonja, Hortelano, Arteché, Miguel Gómez y Billiken.

"La Nación", de Buenos Aires y su hispanismo

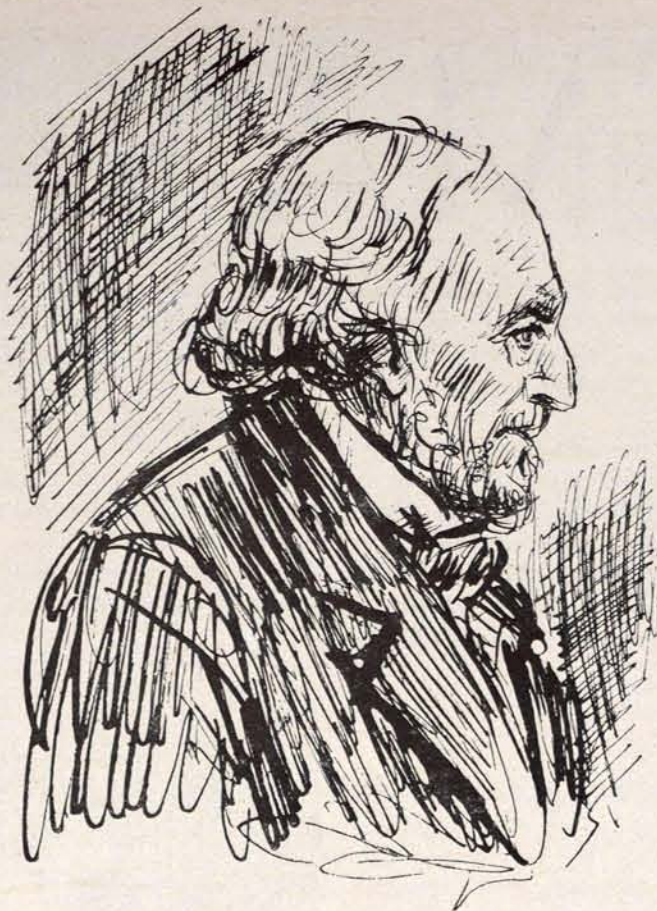
Por EDUARDO BLANCO-AMOR

Tan ligada está la trayectoria espiritual del gran periódico argentino a la figura prócer de Bartolomé Mitre, que no es posible, aun hoy, a los veintinueve años de su muerte, entrever una discontinuidad entre el impulso inicial, entre su personal dirección y el camino seguido por sus proscritores, ni referirse a la obra sin hablar de quien, al crearla, la dotó de tan permanentes basamentos. No fué solamente Mitre su fundador y el inspirador inicial del ritmo inmediato. Sus ideas eran de tan cristalina y permanente entraña, que su vigencia esencial continúa viva y fecunda a través del tiempo, de sus contingencias y de sus imprevisibles mudanzas. No se trata de un fetichismo reverencial que quiera prolongar la cercanía de una presencia por cien motivos ilustre, ni de una persistencia "dinástica"—por decirlo de algún modo—mantenida por una noble terquedad genealógica. El tronco de los Mitre retornó muchas veces en la dura carnación de personalidades señeras que podrían permitirse el lujo de someter a revisión y contraste las ideas del precursor. No fué ello necesario, porque éstas abarcaban el tiempo en una tan ambiciosa curva cíclica, que *La Nación*—una de sus más grandes obras—no tuvo por qué desviarse de los derroteros que hacia todo lo virgen de su futuro dejaron tendidos la presencia longeva del patrio, su hondo sentido patrio y su buida intuición histórica. Y por él—escritor, militar y gobernante—uno de los más eminentes constructores de una nacionalidad que llegaba a sus manos en forma de tenue materia nebulosa, inmensa larva política con sus órganos elementales dañados por décadas de confusión, de desconcierto y de lucha, fué el "pionner" y el campeón de un abundante y generoso pensamiento, cuyo trance ejecutivo era arriesgado y peligroso en medio de la incompreensión de su tiempo, demasiado cerca todavía del momento violentamente centrípeto que es siempre la formación de un Estado. Este pensamiento era su hispanismo.

No se trataba de una disposición simpática de su espíritu, nacida al calor de un sentimiento romántico hacia una España decorativa, legendaria y literaria, ni mucho menos de una dadivosa concesión de un gran señor de la historia joven que vuelve hacia la metrópoli en ruinas una mirada de compasión desde la clara esperanza de una patria recién amanecida. No, no era eso. Era mucho más y era mucho más profundo y más noble y de más directo cometido funcional la entraña de su hispanismo. Formaba parte integrante del núcleo de su concepción patriótica y de la mecánica política mediante la cual aquélla habría de realizarse. Patria y política no eran en Mitre otra cosa que dos términos de un mismo complejo amoroso, que se manifestaba en una acción innumerable. Era lo que dijo exactamente José León Suárez: "Tuvo cardinalmente por España una de esas adhesiones máximas, como lo son las que, inspiradas por la naturaleza y adoptadas por la razón, constituyen la norma de una obra. Dado el concepto fundamental que tuvo de su país, Mitre era, y no podía dejar de ser otra cosa, esencialmente hispanista en la visión de grandeza y eternidad de su patria."

En el año 71, y en medio de aquella fobia antiespañola que empañaba con su encendida iracundia muy preclaras mentes argentinas, Bartolomé Mitre llamaba a España "la Madre Patria", y en sus discursos de la Convención Constituyente, anticipándose en muchos lustros a más justicieras y objetivas averiguaciones, defendía, con palabra caliente, instituciones españolas del tiempo colonial—lo que entonces era de una osadía heroica—y llegaba a conclusiones como estas: "España nos había atorgado, bajo el nombre de Cabildo, la Municipalidad: institución que entrañaba un principio de democracia y libertad que debía de dar con el tiempo el fruto que en la Madre Patria no había podido madurar. La España tuvo, antes que la Inglaterra, la inteligencia y la conciencia de las instituciones libres del propio gobierno."

La Nación, siguiendo la pauta ideológica de su fundador, continuada por hombres de su fervor y de su sangre, sigue siendo hoy en América la gran tribuna de la hispanidad, sin dejar por ello de ser devotamente nacional y hasta nacionalista, pues la antítesis de ambos términos no es otra cosa que fácil vacuidad para uso de caletres gárrulos o para provecho de interesados polemistas. El proceso histórico y cultural de España en los últimos cuarenta años puede estudiarse en las columnas de *La Nación*, quizá con más eficacia, y desde luego con mayor objetividad, que en las propias columnas de la Prensa española. Las plumas más enteradas y briosas de nuestros elencos inte-



El Ayuntamiento de Madrid prepara un homenaje al prócer argentino D. Bartolomé Mitre. Ignoramos hasta este momento la trascendencia y la magnitud que alcanzará el mismo, pero no dudamos que nuestra ciudad sabrá honrar dignamente el recuerdo de una de las más brillantes personalidades de América. Con ese motivo, CIUDAD se complace en destacar quién es y qué ha hecho este prócer americano, a quien tan merecidamente nuestro Ayuntamiento desea hacer objeto de un homenaje.

lectuales y políticos tuvieron en aquellas planas ancho estadio para el galope de su pasión o superficie pétrea donde grabar, con cincelada calma, palabras de persistencia inmortal. La más céntrica generación argentina, en cuyas manos están hoy los destinos de aquel país, se inició a través de *La Nación* en el conocimiento directo, palpante, de España mediante las plumas más selectas de nuestro fin de siglo: desde las llamaradas tribunicias del verbo castelano hasta el rejón trágico de la prosa de Unamuno; desde las lentas prosodias de Ortega y Munilla hasta las boyantes gracias de aquella deliciosa sirena gorda que fué doña Emilia Pardo Bazán.

Y así, hasta nuestros días. Las generaciones nuevas vieron allí, quizás por vez primera, los pálidos dedos franciscanos de Gabriel Miró, miniando en una sola frase, como en la inicial de un código, largos vagares del paisaje; a Luis Araquistain, navegar en medio de los afilados escollos de la política; a Ortega y Gasset, moviendo, en acordes compases musicales, su devanadera filosófica; a Gómez de la Serna, chino malabarista del ruedo ibérico, lanzando al aire sus cuchillos policromos; a Marañón, declarando con luminoso plumeo cuestiones que antes nos eran remotas y parecían vedadas a la ciencia española; a Posada y Altamira, alzando su voz de dómines amables y seriamente sabios; a Valle Inclán, seguido de sus vestiglos convencionales, cubiertos de rosas rimadas y de sus bárbaros vestidos de encajes; a Américo Castro, que a las veinte líneas de lectura de sus ensayos se nos convierte en un amigo íntimo; al Conde de Romanones, que para escribir allí se saca su piel de zorro... para citar una mínima parte. Y de este contacto directo y cotidiano del lector argentino con la mentalidad española ha nacido esa especie de difuso amor y de fraterno anhelo, que es mucho más que una simple curiosidad con que hoy se siguen allá nuestras cosas. Agreguemos a ello los servicios informativos de *La Nación* que, como visión de totalidad de la vida española en todo lo que ésta tiene de suceso, de acontecimiento y de noticia, no admite ni de lejos, en un sentido positivo, claro está, parangón con el más meticulosamente informado de los diarios españoles, y tendremos el panorama completo de las resultantes actuales de la obra hispanista de Mitre en este aspecto.

El homenaje que va a tributarle el Ayuntamiento de Madrid no es otra cosa que una devolución, que una mínima devolución. Los que vivimos en la Argentina sabemos bien cuánta y de qué subidos quilates es la gratitud que España le debe al gran diario. Y quienes de una forma u otra trabajamos para aquella casa, llevamos atornillado en la carne del corazón un hondo y sincero sentimiento de cariño para la gran tribuna democrática que nunca signó la frente de nuestros papeles con un marchamo deprimente de extranjería y que jamás manió los andares de nuestra pluma cuando ésta tuvo algo que decir—canción o grito—sobre la vida de nuestra patria.

Bartolomé Mitre, ciudadano de América

Por RAMON MUÑIZ LAVALLE

Madrid prepara un homenaje a Mitre; debemos decir que se trata de un saludo a América, cuya singular alma política, liberal y republicana está plenamente simbolizada en el estadista argentino. No hemos de pecar en esta semblanza diciendo el "general" Mitre: él fué un civil, un caudillo popular, cuya visión de la nacionalidad y de la representación histórica americana, en su concepto de instituciones civiles y democráticas, se vió forzada a un papel director militar que no encuadraba en su verbo ciudadano ni en su ideología de paz y construcción.

Las obligaciones de organización surgidas con la caída del tirano Rozas plantearon a la naciente nacionalidad argentina un problema vital de mando y distribución; el federalismo de Rozas había sido una falsa bandera de ventajosas políticas para gobernar en paz con los caudillos del interior, pero el federalismo que como necesidad estatal se planteaba después de Caseros exigía normas económicas, que fueron, en definitiva, las que plantearon la división temporal de Buenos Aires con el interior.

Urquiza, vencedor sobre la tiranía de Rozas, auspiciaba el movimiento del interior, que requería la libre distribución de las rentas aduaneras del puerto de Buenos Aires. Mitre defendía las prerrogativas porteñas y el sentido del federalismo económico que hoy actúa en la Argentina.

Con las diferencias del caso, fué una lucha similar a la planteada en los Estados Unidos en su pleito del Norte contra el Sur por el problema económico-sentimental de la esclavitud, y de cuya dilucidación por las armas pudo Lincoln establecer las bases de la gran nacionalidad norteamericana.

Mitre es el Lincoln argentino. Tuvo su misma entereza en afrontar las posibilidades de la guerra civil en la conciencia de que defendía el porvenir argentino. Y, efectivamente, el tiempo coronó su obra; y la presente realidad argentina demuestra el alcance de las miras de Bartolomé Mitre en lo que se refería al primer problema esencial de la economía federal de la República.

Caudillo de masas, poeta, guerrero, historiador, polemista, tribuno, periodista, presidente, pocas personalidades hay tan representativas en la América latina de lo que nuestro Continente es como función espiritual como la de Mitre, espíritu abierto a las necesidades del momento, sin más dogmatismo que el del bien público, sin otra ambición que el bienestar de su sociedad particular y, por reflejo, la prosperidad de los pueblos vecinos. Fué, ante todo, un hombre, un americano, generoso en la palabra y en el hecho; ahí está, en los últimos años de su vida, su canto a Urquiza, su rival nacional, dando una muestra evidente de su corazón sin odios y de su conciencia sin enemigos.

Con su característico sombrero, se le veía pasar, aun en las épocas de su presidencia, por las calles de Buenos Aires, recibiendo y contestando el saludo de su pueblo, como un genuino representante de la nacionalidad, a la cual dió bases, y como un símbolo del sentimiento democrático de América.

Sin ostentaciones de especie alguna, sin orgullo del acto consumado ni apego a las consagraciones. Bastábale la íntima convicción del bien y aquel saludo del simple ciudadano de la calle, que testimoniaba la adoración que supo infundir al corazón argentino de su época.

Fué amigo de España. Universal su pensamiento, desde las columnas del diario por él fundado, "La Nación", hoy el primer representante de la Prensa argentina, saludó siempre, sin reticencias, a la cultura hispánica, de la cual había sido un discípulo alerta en sus mocedades.

Bartolomé Mitre es una eminencia de la Argentina y un ciudadano de América. El homenaje de Madrid está tanto más justificado hoy día, en que en España florecen en formas políticas las virtudes liberales de la raza, de la cual fué él tan excelso representante.

La familia Mitre es hoy una institución argentina; elaborada en los ejemplos de su fundador, los descendientes, a través de la Prensa, a la cual él dió moral y formas, prosiguen la tarea de construcción nacional, aún muy lejos de terminar. Pueblo joven y continuamente ampliado por la incorporación de masas emigratorias, nuestro pensamiento y nuestra cultura no tienen madurez. Por ello persisten, con el mismo impulso ciudadano e igual pasión democrática, los nuevos Mitre en hacer de la "Nación" lo que Don Bartolomé quiso que fuese: "La Nación" será una tribuna de doctrina."

UN RELATO DE AMBIENTE PERUANO

EL MAR ASESINO

Por FLORENCIO CORDERO APONTE

DIBUJO DE HORTELANO

Entre la escuadrilla de botes, que con sus quillas ro-
mas aran el mar, y cuyas velas extendidas están copo-
sas de aire, nuestra pequeña embarcación se desliza,
impelida por la brisa, con una tranquila y amodorrante
suavidad. En la bodega, hacinados los peces cogidos
en la madrugada. El sol diviértese haciendo relampa-
guear las escamas, centellas de plateada luz.

De pie en la proa y recostado en el cable del mástil,
venía yo observando a las olas romperse contra una
peña, que tal vez sentíase satisfecha de verse refresca-
da a cada instante.

El tío Cipriano, patrón de nuestra pequeña nave, me
arranca de mi abstracción:

—¡Vamos, "Anguía", arría la vela!—me ordena.

"Caigüita", mi compañero, rápido, desata la tira y
la arría, y yo la recojo y la trinco. El tío me mira
amoscado con su único ojo, mientras me sonrío al ver
contraerse su cara, picada de viruela. Me vuelvo, des-
pués, y veo al gentío en la playa, esperando impacien-
tes nuestra llegada.

—¡"Anguía", arma los remos!—me grita con voz de
trueno Cipriano.

La dureza de su trato me hace mirarle colérico,
mientras ejecuto su orden.

—¡Avante!—ruge nuevamente, y su dura mirada,
concentrada en un solo ojo y dura como las rocas ma-
rinas, la agudiza contra mí, y su boca torcida se des-
hace insultándome.

—¡Ya, ya, pues—le contesto—vamos bajándose del
coche y párele tío, que ya me estoy abistecando!

Mi remo se arquea; bajo la cabeza y jalo con todas
mis fuerzas. Quisiera partirlo en dos, pero no lo con-
sigo. Mientras mi pensamiento se vuelve en esta idea,
mis miradas se pierden entre los peces tendidos.

Un nuevo grito hiere mis oídos:

—¡Sigán, sigán fuerte!—exclama tío Cipriano.

Nervioso, sigó jalando, sin levantar la mirada, y el
furor me hace apretar las muelas, que rechinan.

—¡"Anguía", "Anguía", imbécil: sigán, digo que
sigán! ¡Aguanten fuerte entonces, "zo" brutos, aguante-
n!—agrega con voz nerviosa el tío Cipriano.

Me paro enseguida y veo avanzar sobre nosotros una
enorme ola, que revienta cerca de la popa, sacudiendo
fuertemente el bote y llevándose sin control, mien-
tras nosotros, que al choque brusco fuimos arrojados
sobre la cubierta, nos incorporamos empapados en agua.
El tío Cipriano coge presuroso la caña de gobierno,
pero el bote sigue arrastrado por la ola, que no lo deja,
llevándose como un juguete. Hundo mi remo, porque
es necesario enderezar el bote, que está ladeado. Hago
mal la maniobra, y la fuerza del remo, al chocar con el
agua, me arroja a la bodega. Caigo sobre los pescados,
y las espinas de éstos se incrustan en mi cuerpo.

—¡Levántate, pedazo de animal!—me grita el tío Ci-
priano, y ríe estrepitosamente, burlándose de mi per-
cance.

Me incorporo, y al ver chorrear agua de su cabeza
desgreñada, procuro desquitármela, y le digo:

—Y usted, ¿qué tal baño, tío?

El tío se molesta nuevamente, y yo, regocijado por
el éxito de mi broma, empuño mi remo y bogo fuertemente
hasta alcanzar la playa.

Cuando desembarcamos, varios amigos que han vis-
to el pequeño accidente, se acercan novedosos.

Uno de ellos se dirige al tío Cipriano, hablándole en-
tre serio y burlón:

—Tío, está visto que a usted, como patrón, no hay
otro que lo supere. Nosotros lo creíamos perdido y su
bote hecho astillas.

El tío Cipriano se refriega las manos complacido, y
poniendo en su tono un acento solemne, habla, vani-
doso:

—¡Ustedes saben cómo el mar me respeta! ¿No re-
cuerdan, acaso, aquella braveza pasada, cuando el "Au-
rorra", impotente a una pequeña ola, se dejó arrastrar
contra las peñas y se destrozó? ¿No recuerdan ustedes

cómo a dos de sus tripulantes se los tragó el viento
marino, para no devolverlos ya más; y el tercero..., el
tercero sólo servía de juguete a la mar? ¿No recuer-
dan cómo jugaba con ese pobre cuerpo, ya moribundo,
ora trayéndolo muy cerca, ora llevándose lejos, muy
lejos?...

—¿Recuerdan ustedes? ¿Lo recuerdan?—pregunta,
insistente, el viejo al corro formado a su alrededor.

La expresión ha cambiado en los rostros. Las caras,
que antes eran alegres y divertidas, al querer burlarse
del viejo pescador, se ensombrecen, y un gesto res-
petuoso las inclina. Las miradas se dispersan por la are-
na, sin que ninguno ose siquiera mirar al viejo que,
emocionado, sigue su relato:

—El tercero... ¡Era mi hijo! Mi hijo, a quien quería
con mi alma. El pobre muchacho—que en paz descan-
se, dice el tío resignado y santiguándose—ya no podía
más. ¿Qué derecho tenía la mar para arrebatarlo?
¿Por qué se divertía ante mis ojos con ese trozo de mi
carne, con esa sangre, hija de mi sangre, que con tanto
calor yo la guardaba?

—Sí, compañeros—continúa el tío después de una
pausa—, la mar es cruel con los vencidos y se ensaña
con los cuerpos inertes antes de devorarlos con su in-
mensa boca. Así quería, también, tragarse a mi hijo y
por eso, también, lo festejaba la orgullosa, meciendo
sobre sus olas la presa que ella creía segura; la presa
con que la bestia marina quería saciar su hambre.

—Ustedes los recuerdan—afirma el viejo—, ustedes
veían cómo las crispadas olas descubrían, por momen-
tos, las rocas traidoras, sumergidas en el agua; y mi
hijo, ¡mi pobre hijo!, luchaba, luchaba desfalleciente
por apartarse más y más de las picudas peñas, contra
las cuales el mar quería arrojarlo.

—Desde la playa yo contemplaba aterrado esta muer-
te lenta de mi hijo. La cabeza me daba vueltas, me
zumbaba. Algo en mi interior me empujaba. Oía una
voz potente que imperiosa me gritaba: "¿Qué espe-
ras? ¿Cómo dejas que a tu hijo la celosa mar te lo
arrebate? Eres fuerte, anda, anda y lucha con ella;
véncela, quítale a tu hijo, ¡el hijo que tanto amas!"

—Y yo, cobarde, no obedecía esa voz. De pie, fijo, per-
manecía parado en la playa, viendo a mi hijo con mira-
da extraviada. Mi corazón palpitaba impetuoso, pero
yo continuaba inmóvil. Sólo mis ojos suplicaban a to-

dos para que salvaran a mi hijo, pero nadie, nadie se
atrevió con la mar. ¡Cobardes! ¡Almas de cobardes!
—escupe despectivo el tío Cipriano y, después de una
pequeña pausa, continúa—. Todos veían cómo el mucha-
cho, vencido, era arrastrado lenta y desesperadamente
contra las rocas, y yo, yo también, sumiso y débil lo
miraba.

—Pero esa voz, esa bendita voz me empujaba hacia
él. "Anda, aún es tiempo—me decía—, no lo dejes pe-
recer; es tu hijo, tu buen hijo, a quien le diste la vida
y a quien debes ahora salvársela. No lo dejes así: mí-
ralo." Y obedeciendo esa orden volví la cara y pude
ver cómo agitaba convulsionado una mano, tratando
de aferrarse a algo, pero agua, solamente agua encon-
traba, y su mano volvía a hundirse. "¡Te llama tu hi-
jo, anda, anda!", me hablaba de nuevo la voz misterio-
sa. "Anda, pues, anda", repito y corro hacia la mar.
"¡Mi hijo, mi hijo me lo devuelves!", le grito con
toda la fuerza de mis pulmones, y luego mi cuerpo se
sumerge en el agua.

Jadeante, para su relato el tío Cipriano. De uno de
los bolsillos saca un largo pañuelo y se seca el sudor
que, en gruesas gotas, corre por su cara.

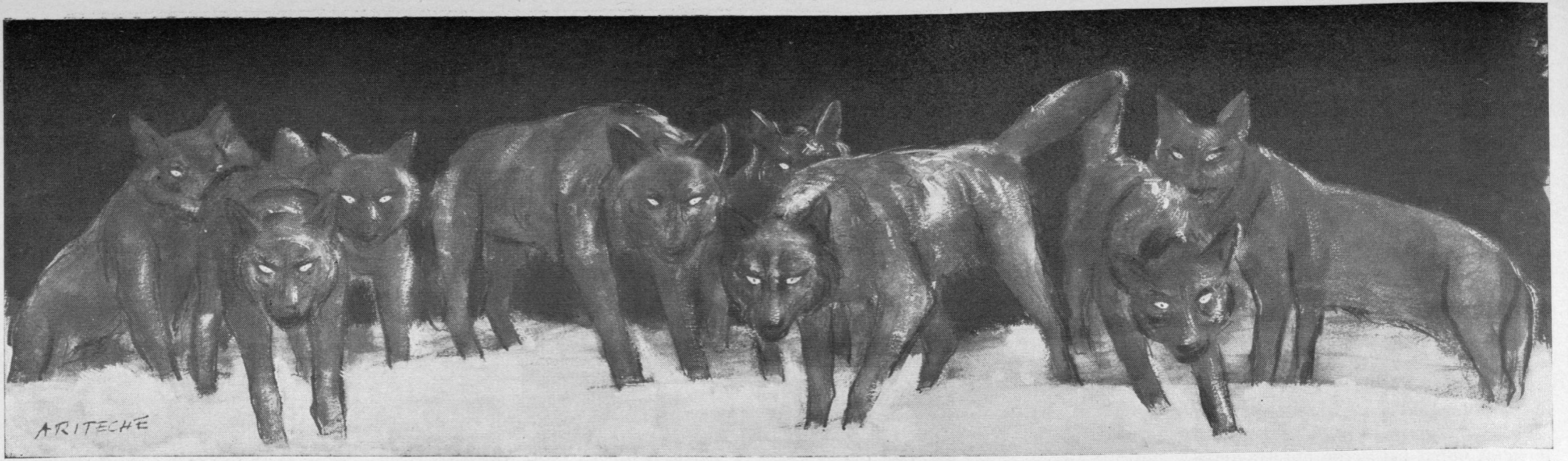
—Mis brazos y mis piernas se movían rápidos—con-
tinúa el tío Cipriano—venciendo la distancia. Pero una
ola, una maldita ola, me estrelló contra una peña ocul-
ta. "Nada, nada—le respondo—, primero mi hijo, ca-
nalla, ¡sucia mar!" Mi cara ardía, un dolor fuerte ate-
naceaba mi frente, pero mi hijo, mi hijo... ¡Lo salvé!

Aquí detiene su apasionado relato el tío Cipriano.
Hace una pausa, tomando descanso, para luego con-
tinuar en voz más baja:

—Cuando llegué con él hasta la playa, después de
tenaz esfuerzo, caí desfallecido. Después de un dolor
horrible me hizo volver. Junto a mí, el cuerpo inanima-
do de mi hijo, y doña Tránsito, la curandera, la pobre
también ya difunta, me sacaba, una por una, las púas
que se me incrustaron en el ojo. El ojo también lo per-
dí. ¿Ven ustedes, ven?—pregunta el tío Cipriano, en-
señando la cuenca vacía—. Pero, ¡qué vale mi ojo cuan-
do pude sacar a mi hijo, a mi único hijo! El murió...,
pero a mi lado, y no tuvo la mar por sepultura. Y yo
vivo feliz con su recuerdo.

La mar... ¡Bah! ¡Yo no le temo!—agrega el tío Ci-
priano alejándose.





Noches de Lobos

Cuento

Luis Caro

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

18 de febrero...

“¡Pronto hará veinticuatro horas! Ayer, décimoséptimo día de mi cuarto mes en estas soledades, ha sido el día más feliz de mi vida. Pero...” ¡Vaya, que no lo escribo! Esto no es para un diario, para un diario de solitario forzoso. Algún día puede caer en otras manos... Y estos recuerdos son para mí solo, para cuando, viejo y achacoso, con cataratas en los ojos, no me quede más que el recurso de mirar para dentro, de desempolvar el viejo álbum de mis recuerdos.

¿No pienso hoy en el pasado? ¿Qué otra cosa hacer? Un corte en el pentagrama del telégrafo nos ha desplazado del mundo; la nieve, por otra parte, con su abrazo albo al invierno, ha borrado las carreteras.

Tengo tantos deseos de vivir, que esta soledad me angustia. Sólo mi gato la comprende. Y odio este villorrio, lejos del mundo, donde no hay más ley que los puños y las armas de fuego.

¡Hace veinticuatro horas! ¡Cuántas cosas en veinticuatro horas!... Casi esperar una vida para estas horas... Y después, recordarlas toda la vida.

No caben mis ansias dentro de esta caja de madera de mi albergue. ¡Quisiera salir otra vez; con mis botas grasientas, chapotear en el aguanieve, sentirme acariciado por el algodón de copos nuevos! ¡Aunque el cierzo amorate mis mejillas, corte mis labios, hiele el deseo que me cuelga de ellos!...

Siento la sangre caliente en mis mejillas y un temblor de azogado en todo el cuerpo... Casi ni escribir puedo.

Marta es una buena chica... ¡y servicial!

Tengo frío. Hoy, más que nunca. ¡Quince grados bajo cero! Los lobos dejarán el monte, atraídos por la *fata morgana* de la población. Hoy es día de lobos... Vendrán como fantasmas, con los manchones pardos de sus cuerpos, haciendo brillar el azufre de sus ojos.

¡Hace veinticuatro horas!

Me acogió el cuadro de luz de su ventana y me despidió la mecha fría de su lámpara, despuntada ya el alba. A causa de las colinas, el ópalo de luz me llegaba un poco tarde, cubriendo mis pasos en el recato del día virgen. Caminé hasta aquí, con pasos de lobo, sigiloso en el sigilo de la hora, medroso de tanta dicha, con fiebre en los labios. En esta hora de puertas que se abren sin rechinar, abrí la mía y caí sobre mi cama, rendido de cama.

¡La imagen de Marta en el techo, en las paredes, frente a mis ojos!...

Cogí la botella de coñac—no la vacía, la del cabo de vela con cresta de esperma, sino la llena—y trasegué el líquido, que me endiabló la imaginación.

(¿Habrán bajado los lobos con sus buches vacíos?)

Adormecido con coñac y ron, volví a sentir, sobre mi camastro de pino, más frenéticamente horizontal que nunca, la lava hirviendo en mis venas, como si la vida entera se me escapara por las piernas.

Me cogió el sueño, traidoramente, como debe cogerle a uno la muerte... ¿Será así la muerte?

¡Qué frío el de esta noche! Se me hiela la mano, entumecida de tanto escribir, como si fuera a morir.

Esta mañana...

Nunca lo esperé. Pero hace veinticuatro horas lo pensé.

Roberto, el buscador de oro... Me encontró en la taberna cuando yo veía, en el fondo del vaso vacío, el rostro de Marta. Entre todas las miradas, la suya, como un estilete helado. Se me quedó el alma dolorida, presintiendo un enemigo en aquella otra alma inhóspita.

(¿Estarán ya los lobos en la villa o alrededor de mi cabaña?)

Me sentí inquieto, y se acallaron para mí todos los ruidos de la taberna. Le vigilé con ojo que no miraba, como hacen las mujeres. Hasta que entró Marta. Tan bella. Tan risueña. Le helamos la sonrisa con nuestros cuatro ojos.

Roberto no dijo nada cuando ella se sentó en su mesa, pero sus labios temblaron y sus ojos se humedecieron.

¡Qué bella la vi, con sus botas altas de nieve y su falda de lana y su chaquetón marrón!

Roberto no se fijó en nada, porque sus ojos eran para mí. Mis mejillas, rojas. Rojas las de ella. Temblores en todos nuestros cuerpos, con ramilletes de nervios crispados.

Hasta que sucedió. Cuando los polos se encuentran, salta la chispa azul. Había demasiada electricidad en nuestras miradas.

De un salto se puso de pie y cayó sobre mí como una avalancha de nieve. Hubo un murmullo enorme. Sonaron vidrios rotos de discordia. Le cogieron brazos como pinzas.

Me miró con ojos vidriosos, saltones, como si la impotencia de su ira le llenara el alma de sollozos. Marta se acurrucó en un rincón, embozándose el rostro con las manos, para que los ojos de Roberto no la asatearan el alma. Aún tuve fuerzas para mirar su busto, con un temblor cálido, sin oír las palabras que rebotaban en mis tímpanos...

(Hoy es noche de lobos... ¡y son los lobos!)

Jaime me cogió del brazo, Jaime, ¡siempre tan bueno! Me sacó al aire puro, bajo un cielo de plomo. La cabeza me ardía, y el aire fresco me trajo las palabras reposadas de Jaime, musitadas en consejos que más eran reproches: Que no debí hacerlo. Que no conocía a Roberto...

Y me narró su última hazaña, con los hielos de diciembre, hace dos años. Fué con otro buscador de oro. Sobre el manto de armiño, le buscó una mañana, al llegar el sol. Ni el día nuevo puso en ellos acentos de concordia.

Se enzarzaron como dos ciervos, volteando sus cuerpos y sus sombras sobre la nie-

